

Una sopa para Marilyn

Fotocopioteca es una colección de textos y traducciones recomendados y reseñados por artistas, curadores e investigadores invitados. Es a su vez un sistema de circulación que utiliza la fotocopia como medio. Periódicamente lugar a dudas edita y distribuye un grupo, con el ánimo de conformar un cuerpo de lectura público de fácil acceso.

Para participar en esta mirada a Cali, mirada de amor y odio, propongo la lectura de una crónica que habla del placer y el sufrimiento que nos otorga vivir en ella. El escenario es Cali de finales de los ochenta y la historia es verdadera aunque sus personajes que parten de los protagonistas reales fueron transformados reuniendo varios personajes en uno. Se cuenta pues una historia fabulada; el periplo de una obra de arte que cambia de manos y de precio y que produce según las manos en que esté, sueños o muerte, placer y terror, y que finalmente nunca fue mirada como obra de arte, atrapada en la lógica de la ciudad, que es lo que nos pasa a todos los que la padecemos y la gozamos.

José Zuleta

José Zuleta

José Zuleta Ortiz (Bogotá, 1960), director de la Fundación Estanislao Zuleta y codirector de la Revista de Poesía Clave. Obtuvo el Primer Premio Nacional de Poesía “Carlos Héctor Trejos” (Riosucio, Caldas, 2002) con el libro “Las alas del súbdito”, y el Premio Nacional de Poesía “Descanse en paz la guerra” con la obra “Música para desplazados” (Casa de Poesía Silva, Bogotá, 2003). Ha publicado, además, “La línea de menta” (Univalle, 2005) y “Mirar otro mar” (Hombre Nuevo Editores, 2006). Fundador del Centro Literario León de Greiff (1978), fundador y miembro del Consejo Editorial de la Revista Luciérnaga (1981) y colaborador de los suplementos dominicales de El Espectador y El País desde 1985, así como de diversas revistas literarias. Reside en Cali desde 1975.

[En línea] <http://www.otraparte.org/actividades/literatura/josezuletaortiz.html>

Una sopa para Marilyn

Por José Zuleta

Desde la altura del crucero que nos lleva de Bogotá hasta Buenos Aires las ciudades y las aldeas se ven como montoncitos de luz, dispersas y caprichosas. Dan la sensación de que son lugares apacibles; ignorar sus nombres hace que no exista prejuicio o razón para no sentir que, abajo, esas luces oscilantes, son la confirmación del progreso y la buena ventura de los habitantes de esa geografía.

A mi lado viaja una enóloga chilena asesora de una compañía de ultramarinos que desea exportar vinos a granel.

Se inclina sobre mí para poder mirar por la ventanilla, y pregunta:

—¿Qué ciudad es?

—Es donde vivo, se llama Cali, la tercera ciudad más poblada de Colombia. La fundó hace 470 años un español: Don Sebastián de Belalcázar. Fue condenado a muerte por sus crímenes durante la conquista. Dicen que antes de que lo ejecutaran se murió de rabia.

—¿Cómo es Cali?

Está recostada a los Farallones, unas montañas de más de cuatro mil metros de altura. Desde allí se extiende hasta el río Cauca, y en ella viven todas las razas colombianas y sus posibles combinaciones, porque siempre ha sido una ciudad de inmigrantes y desplazados. Afirman que es la ciudad más violenta del mundo y la ha gobernado toda la picaresca local; hoy las empresas que prestan los servicios públicos le piden limosnas obligatorias a todos sus habitantes para pagar intereses a los bancos, son las “prenderías” que se quedaron con la ciudad.

—¡Qué horror!

Claro que no todo es malo, también hay árboles mágicos, y al ser tocados por la luz de la tarde producen fulgores que alivian, el viento hace que se agiten los ramajes, las faldas y los espíritus, hay un estremecimiento de dicha, todo parece una fiesta, una entrega suave, libre, un sereno desparpajo gobierna las tardes y las noches, y nos hace sentir que es mejor no pensar. Entonces llevados por el clima, la grata gente prefiere bailar, o salir a los parques, o al frente de sus casas, para sentir esa embriaguez, esa desobligada sensación de ser felices sin serlo. Tal vez allí está el secreto de la ciudad. Hay ciudades donde uno vive por lo que pasa en ellas, o por la gente y las cosas que hacen quienes en ellas viven, pero en Cali uno vive porque es fácil, porque ella es, a pesar de ella, cálida y fresca, negra y blanca, de todos y de nadie. Tanto es así, que los últimos alcaldes han sido un físicoculturista, un locutor de una emisora popular, y el que la gobierna ahora es un ciego futbolista, goleador de uno de los mejores equipos de ciegos de que se tenga noticia.

El avión continúa penetrando la noche. Desde la altura Cali rebrilla en tonos amarillos y naranjas, “a leguas siento su aroma”. La chilena me mira con incredulidad. Entonces digo:

—Como dicen las hermosas mujeres que venden chontaduro en sus calles: “Dejemos así, porque si le digo la verdad le miento”.

—Y usted, ¿a qué va a Chile? —pregunta la mujer con ganas de seguir hablando.

—No voy a Chile, voy a Buenos Aires a pedir un certificado para a un cuadro del maestro Andy Warhol.

—¿Ah, trabaja usted como galerista?

No, soy Fiscal, y tengo bajo mi responsabilidad la extinción de dominio de las obras de arte confiscadas a delincuentes. Es un oficio complejo porque a los mafiosos les vendieron muchas obras falsas, pero también muchas originales. Hay que determinar la originalidad para poder extinguir el dominio y luego venderlas. ¿Se imagina el Estado vendiendo obras de arte falsificadas?

—¿Y por qué va a Buenos Aires a certificar la autenticidad de ese cuadro, si el autor es norteamericano?

—Porque el comerciante que compró el cuadro al mafioso, lo adquirió en una galería de Buenos Aires y quiero hablar con ellos sobre las condiciones y la fecha de ese negocio, y establecer los tipos de certificación que usan. Las pinturas tienen un pasado como las personas, a veces insólito. Mi trabajo es conocer la historia de esas obras de arte. La historia de este cuadro es una de las más extrañas con que me haya topado. Todo comenzó en Nueva York en 1960: Andy Warhol, un publicista de revistas de moda, hacía un experimento desde el diseño publicitario hacia el arte, buscando reconocimiento y sobre todo dinero; trataba de ser un artista. Se impuso el reto de volver arte lo que no era arte. Andy Warhol quería buscar en la publicidad una propuesta artística. La idea era hacer de los ídolos de los consumidores, íconos, símbolos

de la sociedad, construir los nuevos dioses, y darles una dimensión universal. Fue entonces cuando empezó a usar fotografías de las estrellas del cine y de la música y empezó a realizar con esas fotografías abstracciones a base de colores planos y vistosos. El resultado de esa experimentación fueron los famosos cuadros *Las dos Marylins* y *Elvis triple*. En 1964 Andy realizó una serigrafía sobre lienzo de 1 metro x 1 metro a la que llamó *Marilyn*. El cuadro tuvo mucho éxito y fue adquirido por un coleccionista de Zurich. El “suicidio” de Marilyn Monroe disparó la fama de estas serigrafías y también su precio. La gente comenzó a imaginar que el trabajo de Andy decía cosas, hacía ver de otra manera lo que era sólo una fotografía intervenida con color. El mito y los sentimientos hacia Marilyn, hacían sentir cosas a la gente y les hacía suponer que esos sentimientos eran logro de la obra de Warhol. El comprador de esa serigrafía le pidió al artista que le escribiera una nota al respaldo, para que fuera única. Warhol que amaba el dinero, más que al arte puso una nota, escribió: “Comprar es más americano que pensar”. Luego el cuadro desapareció y se perdió su rastro. Parece ser que un coleccionista de Buenos Aires lo adquirió, un perseguido nazi que se refugió en Argentina, y cuando comenzó la persecución a los nazis en ese país, lo puso en venta con la condición de que el negocio fuera en efectivo y la galería no diera el nombre de su propietario. Pero vender obras de arte originales en esas condiciones, es muy difícil; parece que la obra estuvo en el catálogo de venta de la galería mucho tiempo. Nadie quería comprar un cuadro sin pasado y en efectivo. Eso sonaba mal. Entonces apareció un comerciante de arte de Cali, apodado Mínguez. Dijo que tenía un cliente para comprar originales y que lo único que pedía era que no se conociera su nombre, que sólo compraría si le aceptaban efectivo en billetes de baja denominación. El galerista no podía creer que el comprador pusiera las mismas condiciones que el vendedor había puesto para vender la *Marilyn* de Warhol. Entonces el cuadro fue a parar a Cali, sin remite, ni destinatario, sin historia, sin pasado; una obra de arte que era casi un fantasma.

—¿Qué les sirvo? —preguntó la azafata—. ¿Carne blanca o carne roja? ¿Vino tinto, blanco o agua?

—Carne blanca y agua, respondió la enóloga.

Yo pedí carne roja y vino tinto. Le pregunté porqué no pedía vino y me dijo que lo que daban en los aviones no se le podía llamar vino.

—Llevo muchos años educando mi paladar para hacerle pasar malos ratos. Pero siga con su historia, es muy interesante.

—Bueno, el señor Mínguez adquirió el cuadro y le pidió al galerista que le expidiera un documento de venta por una litografía sobre lienzo, con un valor comercial de 40 dólares. Parece ser que temía que no se lo dejaran sacar del país. O que al ingresar a Colombia, se lo detuviera la aduana. Sabemos que el 27 de julio del 1.987 el señor Mínguez entra a Colombia procedente de Buenos Aires y suponemos que con él llegó la *Marilyn* de Warhol. Siete años después, en un allanamiento de la policía judicial a un abogado defensor de testafe-

rros, encontramos una colección de arte y un cuadernito donde aparecían los nombres de las obras, su valor y su dueño. Pudimos establecer la autenticidad de algunas de esas obras, pero no el nombre de sus propietarios, pues todos aparecían con seudónimos: *Cachaza*, *Cólico*, *Ofidio*, *Beso é negra*, *Moño Sucio*, *Tonelada*. También había una lista de procedencia de las obras y también allí los nombres eran seudónimos: la *Marilyn* de Andy Warhol tenía como propietario a *Mataburro* y como proveedor, o vendedor, a *El Enmaletado*. Cuando leí ese apodo recordé la historia de un personaje de la ciudad que vive de vender obras de artistas, serigrafías y litografías y que es un bohemio, un habitante de la noche, sin dirección ni datos particulares. Sabía que deambulaba por el café de *Los turcos*, un lugar donde se reúnen los sobrevivientes de una generación de intelectuales y bohemios decadentes de la ciudad. Le dicen *El Enmaletado* porque en alguna oportunidad un periódico publicó una noticia escabrosa: habían encontrado en un autobús de servicio nacional una maleta con un hombre despedazado adentro. Decían que habían establecido su identidad y que el sujeto se llamaba Jorge Azcárate. Los allegados al personaje se lamentaron del hecho y se preguntaban porqué su amigo habría tenido ese destino. En nuestro país tenemos la tendencia a justificar todos los crímenes y además a resolverlos a favor de los criminales; vivimos en una cultura de la purificación del crimen. Los mismos amigos empezaron a decir: “desde que lo mataron algo debía”, “andaba en cosas raras”, y todo tipo de razones que justificaban su muerte. Pero un buen día, tres meses después, apareció el señor Azcárate por el café de *Los turcos* sonriente, resucitado, sus miembros reagrupados y en perfecto estado de salud. Aquellos que ya habían aceptado los trágicos hechos, y que habían absuelto a los asesinos, se levantaron de las mesas aterrados y lo abrazaron. Desde ese día lo llaman *El Enmaletado*. Azcárate es un hombre de baja estatura; una mezcla de ternura y rudeza, de fragilidad y determinación definen su aspecto. Imita la forma de hablar de los malevos para tratar de protegerse, de ser respetado, y cómo vive en cualquier lugar, a veces en la calle, usa su leyenda para apartar a los malandros. Pero cuando está con los artistas se vuelve digno y no acepta que se hable de *El Enmaletado*, se convierte en un ser risueño de ojos pacíficos y humor “acidulce”. Busqué a Azcárate varias semanas pero no lo encontraba. Al café de *Los turcos* no iba desde hacía dos meses y sus contertulios decían que estaba en Bogotá. Finalmente alguien me dijo que lo habían visto por *Bellas Tardes*, irónicamente el sobrenombre de Bellas Artes, el conservatorio de música. “Venga por las tardes a la hora del viento”, me dijo uno de los poetas en un café frente al conversatorio de *Bellas Tardes*. La verdad es que en Cali las cosas suceden por la tarde: la gente vive en un plácido duermevela. Son tan distraídos que cualquiera que desee hacer cualquier cosa, lo consigue sin mayor esfuerzo. Un día a alguien se le ocurre decir que es pintor y ya es pintor, o se le antoja decir que es psicoanalista y empieza a ejercer el psicoanálisis; otro declara que es director de cine, y es director de cine, o fiscal, o juez. Cualquiera que llegue a la ciudad desde otra parte consigue sin dificultad lo que se propone. Tan distraídos y adormilados viven que cuando los roban, lo único que atinan a decir es “se perdió esa pla-

ta". Cómo es tan fácil tener éxito, Cali se ha llenado de alimañas, de rebuscadores, y de impostores. Si alguien es vanidoso y necesita aplauso fácil, lo mejor es que se vaya para Cali. La vida comienza por la tarde cuando el calor cede y la brisa fresca y fragante baja de los Farallones. Entonces se despabilan y se animan a salir. Una de esas tardes caminaba por el norte y en una esquina, al otro lado de la calle lo vi. Iba a pasos cortos, resignados, un poco inclinado hacia el tubo en el que llevaba las litografías, el escaso cabello atado en una apretada colita de caballo. Lo seguí, le alcancé en la cuadra siguiente y cuando lo estaba saludando me dijo:

—No es sano para mi reputación que me vean con la autoridad.

Yo me reí. Él, sin detenerse, dijo:

—Si quiere hablar conmigo veámonos en San Nicolás, mañana a las dos, en el restaurante de Lalo. Y cruzó la calle para no darme tiempo a replicar. Al día siguiente a las dos entré al restaurante, uno de los lugares que sirve comida casera a los obreros de las más de cien litografías que funcionan en el vecindario. Azcárate estaba en el fondo, de cara a la puerta, terminando de almorzar.

—Llegó a la mejor hora; la de la cuenta —dijo.

Había pocas personas en el recinto.

—Como decía Frank Sinatra: ¿de qué se trata? —preguntó.

—Quiero que me cuente la historia de la *Marilyn* de Andy Warhol.

—¿Y qué puedo ganar contando esa historia...? ¿Tal vez una muerte prematura?

Llegamos a un acuerdo: yo le entregaría un par de obras sin valor, de las que se queman porque son falsificadas y él me contaría la historia.

—¿Puedo retirar? —preguntó la azafata de sonrisa rubia—. ¿Les dejó café?

—¿Dónde vamos?

—Creo que volamos sobre Ecuador o Perú.

El avión se deslizaba sobre mullidas y silenciosas nubes. Abajo entre gasas duermen los Andes.

—¿Y que pasó?

—La historia es la siguiente: Según lo que contaron el Enmaletado, un carpintero y un galerista, pude establecer que Mínguez entregó su encargo a un pintoresco hombre, dedicado a la exportación de pulpa de frutas. Un tal *Toche*. Este señor lo llevó a la casa de su madre que vive en el barrio Bretaña y le encargó que se lo mandara a enmarcar en la carpintería de un vecino. La madre de el Toche así lo hizo, y el primer lugar donde estuvo la *Marilyn* de Warhol expuesta, fue en esa carpintería. Ocurrió que al tal Toche le cortaron

las alas y fue a parar a una pequeña jaula a La Florida, en Estados Unidos. Su captura produjo conmoción en la familia y olvidaron a la *Marilyn*. El carpintero fue muchas veces hasta la casa de la mamá del Toche, para entregar la obra enmarcada, pero ella siempre estaba rezando. Hasta que un día le dijo: “Quédese con ese cuadro y páguese con él la enmarcación. Ahora aquí no hay ni un peso, todo lo que quedó es para los abogados”. El carpintero dijo que él no quería encartarse con ese cuadro tan malo, y que no tenía ninguna utilidad, que además en la carpintería había un afiche de Marilyn, pero un afiche de verdad, donde se veía tal como era, no ese matachín de colores que ella le había llevado. La señora lloró y contó las penurias que vivía y el carpintero se regresó con la *Marilyn* de Warhol y la dejó en el suelo de un rincón de la carpintería, la imagen contra la pared para no verla, para no sentirse estafado. Pasaron nueve meses y un día decidió sacar algunas cosas; encargos olvidados o reparaciones no pagadas, para la venta. Las exhibió al frente del taller: eran una mecedora, una mesa de noche, un estante para libros, un cofre de cedro, un pedestal para la Biblia y la *Marilyn* de Andy Warhol. Todos los objetos tenían un rótulo que decía “Se vende”, y el precio. A la *Marilyn* le puso el precio que había cobrado por la enmarcación: \$40.000, unos 15 dólares de la época, porque quería mostrarle a la familia del Toche, que sólo pretendía recuperar lo que le correspondía por su trabajo. En una semana se vendieron todos los objetos, menos el pedestal para Biblia y la *Marilyn* de Andy Warhol. A la semana siguiente se vendió el pedestal y ahí siguió la *Marilyn*. Cuando la *Marilyn* se quedó sola en el andén frente al taller, los niños se arrimaban a decirle al carpintero que ese cuadro lo podían pintar ellos mucho mejor. Se burlaban de él. Lo más triste para el carpintero era que en las cuatro semanas que había estado expuesta, nadie había preguntado, ni había ofrecido nada. Sólo gestos de extrañeza y muecas de desaprobación. Una noche el carpintero cerró tarde y olvidó entrar a la *Marilyn*, al día siguiente cuando llegó para abrir, se encontró con que estaba afuera en el mismo lugar donde la había dejado. Ni siquiera los ladrones, los recicladores, los indigentes, habían querido llevársela. Don Octavio, que así se llama el carpintero, perdió la esperanza, y la dejó ahí. Una madrugada Azcárate andaba de farra con unos amigos, un actor de teatro, un poeta y una muchacha volada de la casa. Pasaron por la calle de la carpintería a dejar al teatrero y se bajaron del carro para despedirse como se despiden los borrachos: abrazos, declaraciones de amor, babas, más abrazos, besos. En esas estaban cuando a Azcárate le dieron ganas de orinar, se apartó unos metros de los amigos, y se dirigió hacia la carpintería de don Octavio. Estaba orinando en un arbolito frente a la carpintería, cuando levantó los ojos vio un cuadro grande y lo que parecía ser una foto de *Marilyn*, pero era borrosa. Azcárate se limpiaba los ojos tratando de ver mejor, pero no mejoraba lo que veía. “Estoy borracho”, se dijo. Luego regresó donde sus amigos. Lo llevaron a su hotel, un lugar de los que denominan residencias y donde alquilan piezas por horas, a las prostitutas, los travestis y los drogadictos de la zona de tolerancia. Se llama *Residencias Borinquen*. El lugar es un caserón antiguo del barrio San Nicolás y tiene unas 15 habitaciones, algunas de ellas sacadas a los

viejos corredores: Las paredes son tablas de cartón aglomerado de segunda, clavadas torpemente y pintadas sólo en el lado que da al interior del cubículo. Adentro sólo hay una cama sencilla, una silla metálica, un interruptor para la luz y una toalla pequeña. Allí lo dejaron. Al día siguiente entre el sopor del mediodía y el guayabo, Azcárate despertó. Pensó que había soñado lo del cuadro, que había visto un cuadro de Marilyn en lo más penumbroso de la noche. Esa tarde a las cinco entró a la librería Nacional de la Plaza de Caicedo y se fue a mirar libros de arte. No ha comprado un libro en su vida, pero le gusta ir a mirar los de arte. Se hace el loco para quitarle la película plástica con que los protegen para que la gente no los vea. Y cuando algún dependiente se acerca para reprenderle, con aire de dignidad responde: “como voy a comprar un libro de arte sin mirar el arte que trae”. Estaba mirando una colección de libros de *Taschen* y tomó en sus manos uno de Andy Warhol. Abrió cualquier página y encontró la *Marilyn* que había visto o soñado en la madrugada; lo contempló detenidamente y algo, como una iluminación, asaltó su conciencia. Leyó lo que decía el libro sobre esa obra, observó detenidamente la caligrafía de la firma de Andy Warhol y la letra manuscrita de las ilustraciones de los diseños publicitarios. Volvió a mirar la *Marilyn* y recordó con nitidez lo que había visto en la madrugada, mientras orinaba borracho bajo el arbolito en el barrio. Sabía que no tenía más que lo de la comida. Pensó robarse el libro pero sentía que lo vigilaban. Salió de la librería y empezó a caminar hacia el barrio Bretaña. Cuando llegó a la carpintería, don Octavio estaba cerrando. Azcárate miraba con ansiedad buscando el cuadro, pero no lo veía. Por un momento sintió que había soñado lo de Marilyn, o que era una alucinación producida por el alcohol. Don Octavio le preguntó en qué podía servirle y Azcárate no fue capaz de decirle a lo que había venido.

—No, gracias, ya me voy —lanzó una última mirada al interior de la carpintería y vio recostado a una pared un cuadro de espaldas. Se volvió hacia el carpintero y le dijo:

—¿Podría ver el cuadro que está allá?

—Ya vamos a cerrar, venga mañana.

—Por favor, déjeme verlo un minuto.

El tono trascendental con que pidió verlo le pareció sospechoso a don Octavio.

—Es un cuadro sin importancia, un matachín que me dejó un cliente.

—No importa, déjeme verlo.

El carpintero dijo:

—Entre, pero no se demore, estoy cerrando.

Azcárate entró con sus pasitos cortos y se inclinó sobre el cuadro, pudo ver la frase manuscrita en inglés en el reverso del cuadro “comprar es más americano que pensar”, y la firma. Se quedó paralizado: era un original. Estaba allí

ante la *Marilyn* de Andy Warhol. No podía creerlo. “Al fin voy a salir de esta olla”, se dijo. Se volvió hacia el carpintero y le preguntó:

—¿Cuánto pide por él?

Don Octavio lo miró de arriba abajo y le dijo:

—Pero si no lo ha visto.

—Sí, lo vi ayer en la noche, estaba afuera.

—Ah... entiendo... Vale \$40.000.

Azcárate se tocó los bolsillos, sacó la billetera y contó: \$5.700 pesos.

—Hoy no tengo, guárdemelo, mañana vengo por él.

Don Octavio no respondió y siguió cerrando el taller. Azcárate preguntó que sí conseguía el dinero, a dónde lo podía buscar más tarde.

—No hay afán, el cuadro no se va a ir de aquí —contestó don Octavio pasando el primer candado a la puerta.

Azcárate se fue a *Bellas tardes* a buscar a sus amigos para pedirles prestado el dinero. Sólo encontró a un abogado pero estaba borracho y le dijo que ya le había prestado muchas veces y que no veía por qué debía seguir haciéndolo. Fue donde un galerista de apellido Venegas y le contó la historia.

—No te creo ni una palabra de lo que dices. Aquí nunca ha habido un original de Andy Warhol; yo ya lo sabría —dijo con aire de importancia. Y lo echó.

Al día siguiente Azcárate insistió con Venegas.

—Venga, vamos a verlo yo le garantizo que no le va a pesar.

—¿Quién lo tiene?

—Un carpintero en Bretaña, en la calle 27.

—Me muero de la risa, debe ser una litografía.

—No, aunque no lo crea, es original —dijo Azcárate, entre furioso y resignado, y se fue con la dignidad de la verdad en sus pasos.

Venegas no había creído nada, pero la actitud de Azcárate, esa seguridad fiera lo comenzó a inquietar. La idea de un golpe de suerte, de una ganancia fácil perturbó su día. Al final de la tarde, Venegas decidió ir a dar una vuelta por el barrio Bretaña. No hay muchas carpinterías en la calle 27. Cuando la vio sintió la emoción del negocio. Se apeó de su Willis 54, con el cual posaba de coleccionista de autos antiguos, y entró en la carpintería. Sin saludar dijo:

—Me dicen que vende usted una litografía de Andy Warhol.

Don Octavio se quedó mirándolo y le dijo:

—Buenas tardes, no sé de que me habla.

—Alguien me ha dicho que usted vende un cuadro.

—No señor, aquí no se venden cuadros, si no se ha dado cuenta, esto es una carpintería. Discúlpeme tengo mucho que hacer —y se concentró en una prensa que apretaba dos tablas.

Venegas dio un vistazo al lugar y cuando se disponía a abandonar el taller vio el cuadro recostado a la pared del fondo. Sin pedir permiso se encaminó hacia el cuadro y don Octavio al verlo se interpuso,

—Ya le dije que no tengo lo que busca —afirmó, poniendo su cuerpo fibroso en medio del pasillo.

Venegas chilló:

—Sólo déjeme ver ese cuadro —y atropellando a don Octavio llegó hasta la pintura y la movió cómo quien pasa una página. Alcanzó a ver por un par de segundos el cuadro. Don Octavio tomó con su poderosa mano el brazo del galerista, mientras le decía:

—¡Salga de aquí inmediatamente!

—¿Cuánto vale ese cuadro? Se lo puedo comprar ya.

—Ya está encargado ya lo vendí, hoy vienen por él.

—Le doy el doble de lo que le ofrecieron.

—No, ya comprometí mi palabra. Por favor salga de mi taller.

—Le doy cien mil pesos por él.

—Ya le dije que está vendido.

—¿Cuánto le ofrecieron?

—Eso no importa, ya lo vendí.

Don Octavio tomó una hachuela en sus manos y gritó:

—¡Salga de aquí!

Venegas retrocedió y se fue caminando hacia atrás mientras decía cifras progresivas como en una subasta imaginaria. 200.000, 400.000, 800.000, hasta que se montó al Willis y se fue lleno de susto y desesperación.

—Otro loco peor que el de ayer...

Azcarate consiguió prestados con el poeta los 35.000, y se fue caminando tan rápido como pudo hasta la carpintería. Don Octavio estaba cepillando un barandal.

—Buenas tardes, vengo por el cuadro,

Siga y lo saca. Azcárate juntó los 5.000 pesos que lo tenían muerto del hambre, con el préstamo del poeta, y entregó los \$40.000. El carpintero comenzó a escribir un documento.

—¿Cómo se llama? —preguntó,

—Jorge Azcárate, cédula 14.747.223 de Buga, Valle. Vivo en el barrio San Nicolás, en Residencias Borinquen.

Don Octavio tomó el dinero y pidió a Azcárate que firmara el documento.

—Es por si las moscas.

Antes de salir, Azcarate pidió al carpintero que le forrara el cuadro en plástico, para que no se mojara. Así lo hicieron, pidió un poco de agua y luego se marchó con la emoción del que ha resuelto su vida.

Caminó por la zona de los bazuqueros, comenzó a lloviznar, puso el cuadro sobre su cabeza para protegerse, atravesó la calle de las prostitutas, y entró con su tesoro a la habitación N° 14 de Residencias Borinquen. Tenía hambre pero la emoción se la hacía olvidar, retiró el plástico, descubrió el cuadro y lo colgó en la pared frente al catre; se tendió sobre el colchón sin sábanas a mirarlo. Recordó con placer que siendo adolescente había extasiado su soledad mirando a Marilyn, que la había amado, y que cuando supo que la habían matado para ocultar su relación con el presidente de Estados Unidos, odió profundamente a ese hombre. Y recordó también que cuando mataron a Kennedy, sintió que se había hecho justicia por el crimen. Nunca pensó que terminaría siendo el dueño del cuadro más famoso, del más famoso artista contemporáneo y menos que fuera su dorada, secreta amante, la querida Marilyn. A todas estas, Venegas había regresado para comprar el cuadro a la carpintería y llevaba más de un millón de pesos en efectivo. Cuando llegó, sacó el dinero y se lo enrostró a don Octavio, mientras decía:

—Ahora sí vengo a llevarme el cuadro.

Don Octavio no lo miró, siguió clavando unos listones, mientras Venegas desesperado buscaba con sus ojillos de comerciante el cuadro, pero no lo veía.

—El cuadro ya no está, hoy vino el dueño por él.

—¿A quién se lo vendió? ¿Cómo se le ocurrió hacer eso?

—Es algo que a usted no le incumbe, por favor retírese que estoy muy ocupado, lo único que le pido es que por aquí no vuelva.

Venegas se quedó con los billetes en la mano sin poder entender su mala suerte. Se dispuso a buscar a Azcárate. Azcárate se durmió y soñó que lo habían llamado para hacer una película, sería el actor protagónico: *El poder de las mentiras y las mentiras del poder*. Era una historia sobre la muerte de Marilyn, donde él era el investigador que descubriría la verdad detrás del supuesto suicidio de su protegida. En la fila para el castíng estaba Venegas, que también aspiraba al papel. Carlos, el director, pasó mirándolos por la fila y cuando vio a Azcárate lo llamó.

—Venga usted, parece que tenemos un Bogart criollo.

Venegas gritaba: “él no, él consume cocaína”. El director le dijo: “a mí lo único que me importa es que la cocaína sea buena”. Azcárate despertó asustado pensando que le habían robado el cuadro, miró la pared y vio que Marilyn velaba su sueño, volvió a dormirse y siguió soñando. Soñó que tenía mucha hambre, que entraba al restaurante de Lalo, y que pedía una sopa. Le trajeron una lata de sopa Campbells y le dijeron que para él no había, que esa era una sopa para Marilyn, que todos sabían que ella sólo tomaba sopas de tomate Campbells. Se alegró de oír eso porque significaba que Marilyn estaba viva... Lo despertaron unos golpes en la puerta; era la señora del aseo.

—Hay un señor que lo está buscando. ¿Qué le digo?

—Dígale que no estoy, que me deje la razón. La señora volvió a decirle que era el señor Venegas y que le había dejado una nota. Leyó la nota:

“Tengo el cliente para la Marilyn. Mi teléfono es 6615757. Venegas”.

Se levantó: olía a marihuana. Una pareja del cuarto de al lado se trababa antes de hacer el amor. Se dispuso para ir al restaurante, y cuando salió, lo asaltó el temor de que le robaran el cuadro. Regresó y descolgó a Marilyn. La tapó con uno de los plásticos y se fue al restaurante. Buscó una mesa en el fondo del local, se sentó como siempre; mirando a la puerta, recostó el cuadro a la pared, vino don Lalo a atenderlo y antes de saludarlo le dijo:

—No le puedo fiar más.

—No se preocupe, sólo estoy ilíquido, aquí donde me ve...

—Ya he oído mucho esas historias. Si quiere comer aquí, debe pagar lo que debe, o abonar algo a la cuenta.

Azcárate, con aire de dignidad, indicó al cuadro que estaba recostado a la pared:

—Eso que tengo aquí vale más que este restaurante.

Don Lalo se rió con ironía e incredulidad.

—Usted y sus historias. Si quiere comer déjeme eso que trae ahí como garantía y cuando consiga lo que me debe yo se lo devuelvo.

—Cómo se le ocurre —contestó Azcárate, mientras tomaba el cuadro y se retiraba indignado del lugar.

Regresó al hotel y colgó a la *Marilyn*, recordó mientras la miraba, cuando en la adolescencia jugaba con su prima a que ella era Marilyn, y cómo ponían el ventilador en el piso para que le levantara la falda, y que ella se la cogía con las dos manos en la misma actitud de la foto de una película que guardaba en la billetera... Mas tarde se fue a buscar a un abogado que compra obras de arte. Le dijeron que el abogado no estaba. Buscó a Venegas y lo encontró limpiando el Willis amarillo. Venegas se iluminó de felicidad cuando lo vio.

—Que bueno verte —dijo con tono meloso.

—No puedo decir lo mismo. Vengo para que me diga cuánto vale un original de Andy Warhol,

—Depende de los certificados que posea.

—Y sin certificados cuánto vale.

—Nada, no vale nada. Vale un poco más que una litografía y el marco, si está enmarcado. Me está hablando de la *Marilyn* de Warhol?

—Sí —dijo Azcárate entristecido—.

—Lo único que se puede hacer es vendérsela a un coleccionista que sepa, y al que no le importe gastarse un dinero rastreando el origen y consiguiendo las certificaciones. Venga, lo invito a almorzar y le propongo un negocio.

Mientras comía, Azcárate escuchaba a Venegas hablar de lo que harían. “Primero, comenzó hablando en plural; llevamos el cuadro a Miguelito para que él nos oriente. Luego buscamos el coleccionista y entonces yo se lo vendo”. Ese “vendo” en singular sonó muy mal a los oídos de Azcárate. Pero siguió escuchando mientras terminaba de almorzar.

—No se preocupe vamos a partir todo de por mitad —dijo Venegas pretendiendo cerrar el trato.

—No me interesa su negocio, ¿acaso se olvidó que el cuadro es mío? No necesito la mitad, es mío todo.

Se levantó de la mesa y se alejó con la arrogancia de un propietario que estima lo que posee. De pronto se detuvo, giró hacia atrás, y dijo: “gracias por el almuerzo”. Venegas sintió lo que se siente cuando el pez que atrapamos se nos va de las manos. Y se quedó perplejo, despistado, como los gatos cuando pierden la presa.

Azcárate siguió las instrucciones del galerista, llevó el cuadro donde Miguelito, un experto en arte moderno y conocedor de la obra de Andy Warhol. Miguelito ya sabía que Mínguez había comprado ese cuadro en Buenos Aires para un personaje que estaba preso en Estados Unidos. Y ya se había preguntado dónde estaría el cuadro. Miguelito pensó que Azcárate se lo estaba ayudando a vender al tal Toche, y que presumía cuando decía que era suyo.

—Mijito, lo que debes hacer es buscar a alguien que pueda conseguir una certificación. Me gustaría verlo, ¿por qué no lo traes mañana y comes aquí con nosotros?

Al día siguiente apareció Azcárate con la *Marilyn*. Miguelito había invitado a dos artistas: un fotógrafo con un peinado parecido al de Andy, y un pintor de apellido Núñez. Cuando Azcárate retiró la tela de plástico con que cubría la obra, todos se quedaron mudos. En la mesa de centro de la sala estaba el libro de Taschen sobre Warhol abierto en la página 15, allí decía: “*Marilyn*, 1964, serigrafía sobre lienzo, 101.6 x 101.6 cm. Con la amable autorización de Thomas Ammann, Zúrich”. Miguel tomó el cuadro y le echó una mirada a la parte de

atrás. Leyó con cuidado la frase manuscrita: “comprar es más americano que pensar”, y la firma de Andy Warhol.

—Es original —exclamó—, es el mismo que compró Minguéz, en Buenos Aires, al alemán nazi. Bienvenida seas *Marilyn* a esta casa.

Miguel hablaba con emoción: Sirvió un vodka a Azcárate, le brindaron una tabla de quesos, aceitunas, panecillos con paté y otros manjares que jamás había probado. Los artistas se enfrascaron en una discusión sobre el arte y la publicidad. Decían que “si bien la publicidad, lo que llaman arte comercial, es cálculo, rutina, simulación, copia, mecanización, y ante todo falsedad y estridencia, la obra de Warhol, había logrado darle una dimensión artística, utilizando los personajes populares con una visión antropológica sobre los nuevos dioses y los nuevos credos, los ídolos y las marcas. Y los ídolos como marcas, y que esa era una mirada que luego habían seguido Jeff Koons y otros”. Azcárate se aburrió. Comió, bebió y finalmente se levantó para retirarse. Miguelito le dijo que, si quería, podía dejar el cuadro en su apartamento para que no se le fuera a perder.

—Te lo dejo —dijo—, en los únicos que confío ahora es en los homosexuales. Mañana volveré por ella.

Al día siguiente fue a la hora de almuerzo a recoger a *Marilyn*. Miguel estaba preparándose un emparedado en pan árabe, ofreció uno a Azcárate y mientras almorzaban, Miguelito dio algunos consejos sobre la manera de vender el cuadro:

—No se lo sueltes a nadie, tienes una joya entre manos. Busca un coleccionista que pueda esperar e invertir en los certificados. Yo no te puedo ayudar en el museo, por el origen del cuadro, pero sé que aquí hay quien desee tener en su colección a la *Marilyn*, así sea sin certificados. Estaban terminando de tomarse el café cuando sonó el timbre de la puerta. Miguelito fue a abrir. En el camino, ocultó tras un escaparate a la *Marilyn*. Apareció un hombre fornido y calvo, con sonrisa de vendedor de tiempo vacacional: era nada más y nada menos que Minguéz. Se dirigió a Miguelito diciendo:

—Sé que tienes la *Marilyn* de Warhol que yo encontré en Buenos Aires. Te advierto que es de un cliente y que debo recuperarla, para que no pase nada malo.

Miguelito le dijo que no sabía de qué le estaba hablando y que lo único que sabía era que el señor Azcárate tenía un conocido que la estaba vendiendo.

—Azcárate —dijo mirándolo con desprecio—: ¿quién es esa persona?

—Alguien a quien su cliente le pagó una deuda con ese cuadro. Vaya hable con él para que sepa, y no se las venga a picar aquí de vivo, que de vivos está lleno el cementerio.

—Por favor, tratémonos con respeto —dijo Minguéz.

—Usted es el que no respeta; no ha saludado y ya nos amenazó —respondió Azcárate.

Mínguez se disculpó, esgrimió su falsa sonrisa y salió del apartamento.

—Le debo una Miguelito —dijo Azcárate—, es mejor que me lleve la *Marilyn*, no sea que lo meta en problemas.

—No te preocupes ya sabemos cómo compraste la obra y a quién se la compraste. No va a pasar nada, Mínguez quiere meter miedo para quedarse con ella.

De regreso al hotel Azcárate pasó por la oficina de un abogado, de apellido Quintana que asesoraba penalmente a varios “señores” de la ciudad, y que podía ayudarlo a vender la *Marilyn*. Estos abogados no tienen escrúpulos, viven esperando que a sus clientes los maten, o los extraditen, para quedarse con lo que les dan en custodia. Se aprovechan de los que se arriesgan, y viven de ellos como rémoras, chupando de donde pueden. El tal Quintana que tenía una colección ajena en su oficina y en su casa, había convencido a los pobres mafiosos de que compraran cuadros para ayudarles a lavar dinero.

—Pobres mafiosos dice usted —increpó sorprendida la enóloga.

—Sí, pobres mafiosos; me da pesar de ellos, son tan ingenuos, son como niños; hay que explicarles todo, tienen tanta ignorancia que les toca ser ricos. Todo el mundo abusa de ellos: las mujeres que se consiguen los someten, los amigos los explotan, los abogados los roban, las autoridades los utilizan. Cómo no saben nada, todo les cuesta diez veces más de lo que vale. Viven muy asustados porque no comprenden nada, por eso son ariscos y rudos. Buscan desesperadamente en quién confiar, pero nunca llegan a tener la paz de quien confía. Viven igual que los celosos; no hacen sino sufrir, imaginar que todo el mundo los traiciona. Se consiguen un abogado de esos, para estar ilusamente tranquilos, y no saben que esos abogados son los que se quedan con todo. En realidad no son malos, son peligrosos por lo brutos que son. No hay nada más peligroso que la ignorancia. Bueno, el tal Quintana le dijo a Azcárate que le daba 200 dólares mientras tanto, y que iba a hacer unas llamadas, pero que no se preocupara, que la *Marilyn* lo sacaría de pobre.

El ingenuo de Azcárate recibió sus doscientos dólares fue a cambiarlos y luego buscó al poeta para pagarle, luego pagó su deuda en el restaurante de Lalo, unos días más de hotel, y todavía le quedó dinero para unas semanas de cerveza. Lo cierto es que Azcárate comenzó a visitar al abogado para saber de sus gestiones. Quintana siempre le daba para comer y para un par de cervezas y lo embolataba diciendo que todo lo de la *Marilyn* iba divinamente, pero establecimos que Quintana estaba intermediando en unas deudas entre mafiosos. Un día recibió un dinero para pagar una de esas deudas y en vez de pagar, convenció al dueño de la deuda para que recibiera la *Marilyn* de Warhol por los quinientos mil dólares que le debían, con el argumento de que así se evitaba el trabajo de legalizar ese dinero, y que la mejor manera de tenerlo invertido

era en obras de arte, igual a como lo hacían ahora los banqueros japoneses. El bruto del mafioso aceptó y le pidió una foto del cuadro. Otro abogado allegado a Quintana que sabía que tenía el dinero, lo denunció con la policía para ganarse una recompensa. Y allí fue donde encontramos la *Marilyn* de Andy Warhol y el librito con los nombres de Mataburro y el Enmaletado.

Mataburro es el apodo del propio Quintana. En lunfardo *mataburro* significa diccionario; es al que se consulta lo que no se sabe.

—¿Y el señor Azcárate?

Se presentó a la fiscalía con don Octavio y el documento de compra, con el poeta y con Miguelito, para reclamar la propiedad del cuadro. Hemos llamado a Mínguez y a la madre de Toche para establecer la verdad.

—Señoras y señores estamos próximos a aterrizar en el aeropuerto Internacional de Santiago de Chile, por favor ajusten sus cinturones.

—Y que va a pasar con la *Marilyn* —preguntó la enóloga.

—Voy a Buenos Aires a exigir el certificado con que la adquirió el coleccionista. Mínguez asegura que el galerista lo tenía, luego entregaré el cuadro a su verdadero dueño: el señor Azcárate.

—Que tenga un feliz viaje.

—Me gustó lo que dijeron los artistas sobre la publicidad.

—¿Por qué?

—Mi ex marido es publicista.

Volamos en contravía de los Andes. Desde el cielo del norte hacia el sur vemos la gran cordillera abierta que viene desde la Tierra del Fuego y la Patagonia, formando la trenza magnífica donde vivimos. El primer sol del día toca con sus cobres la blanca altura de los nevados chilenos. El avión aterriza, todos nos levantamos, salimos al pasillo del avión, en los preparativos del desembarque la enóloga y yo quedamos extrañamente próximos. Veo sus ojos de uva y me sorprende no haber reparado en su belleza, siento su aliento afrutado, los tonos de roble en que vienen sus palabras. Me siento embriagado, —tiene ojos de vendimia, le digo.

—Brindo por sus palabras, que tenga suerte, esta noche elevaré una plegaria por Azcárate...y por *Marilyn*... eleve usted otra por Cali.

—Adiós.

José Zuleta

lugar a dudas

lugar a dudas es posible gracias al apoyo de:

Mario
Scarpetta

people
unlimited
Hivos

ARTS
COLLA
BORAT
ORY

AVINA STIFTUNG

M
MONDRIAN STIFTUNG
AMSTERDAM

DUCHING
DOEN
NATIONALE
POSTCODE
ROEFERIJM

Ernesto
Fernández

daros-latinamerica

Arts Collaboratory es un programa de la Fundación Hivos y DOEN para iniciativas lideradas por artistas visuales en Asia, Africa y América Latina, y para el intercambio con organizaciones de artes visuales en Holanda en cooperación con la Fundación Mondriaan.

lugar a dudas / Calle 15nte # 8n - 41 / Tel: 668 2335 / lugaradudas@lugaradudas.org / www.lugaradudas.org / Cali - Colombia
